

El alcalde que queremos y el alcalde que haremos

(I)

JOSÉ ANTONIO ALONSO



Con las elecciones municipales a la vuelta de la esquina me pongo a reflexionar sobre el tema y lo hago pensando en el ámbito de "nuestros pueblos", pensando sobre todo en esos pequeños municipios de la provincia de Guadalajara, que son mayoría; en los pueblos de la otra Guadalajara.

Porque en las ciudades y en los grandes municipios del Corredor del Henares, la cosa cambia. Allí el alcalde tiene sueldo, a veces, y existen concejales liberados y hasta personas "del partido" que le asesoran y ayudan. Además hay, aparte del secretario, otros funcionarios que trabajan para el pueblo.

En la Guadalajara más rural, lo máximo que te puedes encontrar es la figura entrañable del "alguacil" que hace de todo un poco.

Hablo del alcalde (o alcaldesa, por supuesto) y en realidad debería hablar del Ayuntamiento, que es en realidad quién gobierna, con su alcalde al frente, en las sociedades democráticas. Pero extraigo de la corporación la cabeza visible por concretar, de algún modo, en esta reflexión que ya es bastante abstracta.

Se supone que el alcalde que queremos es una persona que conozca bien el pueblo, que lo conozca y lo quiera, que esté dispuesto a trabajar por él, que sea equilibrado, de talante abierto; que esté dispuesto a hablar, a recibir ideas, a crear equipo y a trabajar con él, que sea hábil y efectivo a la hora de negociar con otras administraciones...

Es importante que escuche la crítica de los otros, pero también que lleve a cabo el programa y el plan de gobierno, que tome decisiones y asuma con firmeza su función que es para lo que los ciudadanos le han votado.

En los pueblos todos nos conocemos, por eso el elector, sobre todo el elector crítico suele pensar más en la persona que en el partido que lo presenta. Cuando hablo de la persona pienso en su capacidad, no en sus personalismos, ni en la vieja figura del cacique, que todavía a estas alturas planea sobre el panorama con su clientela, en una provincia con antiguas resonancias caciquiles.

En teoría, la vieja idea del cacique ha desaparecido

COLABORACIÓN

tal y como se concebía, pero hay otro tipo de caciquismo más solapado pero que es, en esencia, el mismo. Me refiero al que se basa en el favor personal o de grupo.

Y es que la democracia, además de ser un sistema político debe ser algo más, debe ser una convicción, un estilo, una actitud, una forma de ser y de comportarse.

Se oyen con frecuencia entre los políticos y en el resto de la sociedad ciertas frases que son el reflejo de un trasfondo preocupante. Expresiones como "ese pueblo es nuestro" o "hemos ganado -o perdido- tal o cual pueblo" desde una óptica partidista.

El alcalde y el equipo de gobierno municipal deben cumplir el programa del partido que sea, en diálogo con la oposición y con la sociedad. Eso es lo correcto y lo sano, políticamente hablando, pero no deben olvidar que representan a todos, a los que les votaron y a los que lo hicieron a favor de otros. En la cosa pública *debiera pensarse, obviamente, en el interés colectivo*. Los partidos, las asociaciones, etc. deben servir para encauzar, para hacer viable la vida colectiva con sus diferentes y legítimos intereses. Pero sólo para eso. Cuando el partido o el grupo que sea se convierte en un fin más que en un medio, la balanza puede empezar a desequilibrarse.

En una sociedad democrática medianamente madura -repito- lo que importa es el bien común, la convivencia pacífica, la alternancia en el poder, las transi-

ciones serenas. Por eso el nombre del gobernante no es tan importante o, si lo es, lo será como consecuencia de una probada eficiencia en el servicio público.

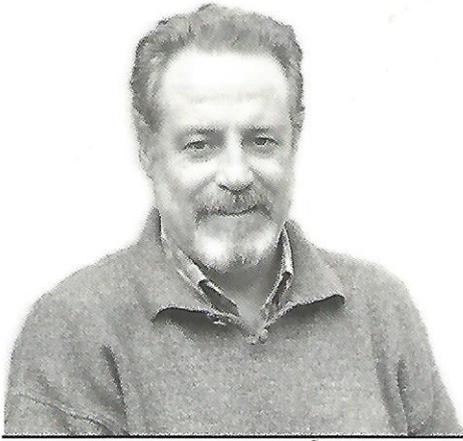
Cuando el alcalde persigue el bien del municipio por encima de todo, no debe temer, pasado el plazo razonable para cumplir el programa, el relevo en sus funciones.

Porque ese paso debiera verse con absoluta normalidad.

En una sociedad democrática no sólo es importante elegir el alcalde y los concejales. La propia sociedad va perfilando, modelando la propia figura del alcalde, porque los acontecimientos postelectorales influirán notablemente en los posicionamientos de los regidores y en su propia evolución ideológica, en su crecimiento personal y político. Además, se supone que el buen gobierno del pueblo, conlleva una actitud positiva de los propios gobernados.

Me refiero a que, especialmente en nuestros pequeños municipios, la gestión municipal se va realizando también a base de actos cotidianos en los que la convivencia, la cercanía, el roce y la colaboración son continuos y el alcalde toma sus fuerzas de los pequeños actos y del apoyo ciudadano.

Por eso, después de las elecciones, los vecinos de cada pueblo, tenemos un papel importante que jugar. Pero ese ya es otro cantar que dejamos para el siguiente artículo



El alcalde que queremos y el alcalde que haremos

(y II)

JOSÉ ANTONIO ALONSO

Hablábamos la última vez del alcalde o alcaldesa que estábamos a punto de elegir.

Pues bien, pasaron las elecciones y ya tenemos alcalde electo. En unos casos será el mismo, en otros casos habrá cambiado y en otros estamos pendientes de los pactos para saber el nombre de nuestro regidor o regidora.

En cualquier caso es la persona y la corporación que gobernará el municipio porque la mayoría de nosotros lo hemos querido así.

Conviene que, desde el principio, el alcalde y los vecinos hablemos claramente. La comunicación, en los pequeños municipios puede y debe ser fluida. El alcalde y los concejales deben tener los oídos bien abiertos y los vecinos deben trasladarles los problemas de ámbito municipal.

Las actitudes de gobernantes y gobernados van a marcar el futuro del pueblo.

Me gustaría equivocarme, pero tengo la impresión de que por esta tierra nos mueve más el interés del clan que el de la tribu. Me explico. Es lógico que nos preocupemos primero por nosotros mismos y por los nuestros, regla básica del manual de supervivencia con el que nacemos.

Lo que no es tan lógico es que no seamos conscientes de que la supervivencia individual va unida a la supervivencia del grupo. Las mejoras en las infraestructuras, en el progreso colectivo redundarán, sin duda, en la calidad de vida del individuo y lo que es más importante, son la única garantía de futuro. Nos guste o no somos seres sociables y estamos destinados a avanzar o a retroceder juntos. El problema del cambio climático es, a nivel global, el más claro refrendo de lo que digo.

Los problemas del municipio, de ámbito local, los debe resolver el ayuntamiento con la colaboración de los ciudadanos.

Soy consciente de que todo esto puede parecer utópico y que la realidad es, a veces, bien distinta. Cuando el alcalde no goza de nuestra simpatía intentamos hacerle la vida imposible desde el principio y disfrutamos de sus errores. Ese no es el camino. Nos equivocamos y nuestro error se volverá, tarde o temprano, contra nosotros y contra nuestro futuro.



¿Estoy diciendo con esto que nuestro comportamiento debe ser seguidista y borreguil?. En absoluto. Ya comentaba en mi anterior artículo que el ciudadano crítico es un valor imprescindible en la sociedad democrática. Y esto vale para el ciudadano gobernante y para el gobernado.

Pero la crítica debe ser constructiva, pensando racionalmente en el bien común.

La vida no es un camino de rosas y la convivencia no es tarea fácil. El alcalde que acabamos de elegir es una persona igual que los demás y va a tomar muchas decisiones, a veces sólo, a veces con el equipo de gobierno. Con frecuencia acertará, sobre todo si su actitud es de servicio, pero también se equivocará.

En las sociedades dictatoriales, la autoridad está por encima de todo.

En las sociedades democráticas hay otros valores que deben primar. La reflexión sobre los acontecimientos, el diálogo, la rectificación de errores, la búsqueda de soluciones de consenso pueden ser buenos ingredientes en la elaboración, nada fácil, del guiso del gobierno de nuestros pequeños pueblos.

¿Todo esto va en detrimento de la autoridad? ¿Se puede gobernar, hoy, sin la autoridad necesaria?

Cada momento histórico tiene sus puntos clave. En mi opinión, uno de nuestros problemas actuales es la configuración del concepto y de la figura de la autoridad. Quede claro que no coincido con los nostálgicos del pasado, ni con su trasnochada visión de la figura del gobernante. Pero creo que deberíamos apreciar algunas cuestiones como la necesidad del liderazgo, el apro-

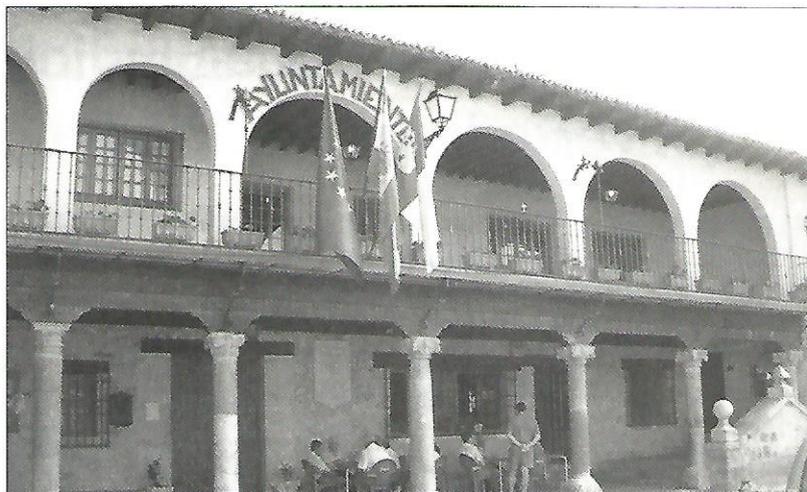
vechamiento de la experiencia de los mayores y otras cuestiones similares. Me da la impresión de que por ahí nos falta un puntito de madurez. Ojalá las nuevas generaciones lo encuentren.

En las sociedades democráticas la autoridad no es impuesta, sino aceptada por la mayoría. Me refiero, lógicamente, a la autoridad política, porque hay otras "autoridades" de variado matiz en cuyo análisis no puedo entrar ahora y que también están afectadas o afectan al desarrollo de los acontecimientos.

La autoridad, bajo mi punto de vista, es necesaria para sacar adelante los proyectos. La democracia no puede dejarse tambalear por el mal ejercicio de la autoridad. Los enemigos de la convivencia, del respeto, del progreso y de la convivencia pacífica no deben encontrar refugio en la falta de autoridad, porque precisamente, la autoridad en las sociedades democráticas debe sentirse mucho más reforzada, ya que tiene tras de sí el apoyo de la mayoría.

La firmeza en la toma de decisiones, no debe estar reñida con el diálogo, con el consenso. En el equilibrio necesario entre diálogo y autoridad puede estar la mejor receta. Esto no quiere decir que la cosa sea fácil.

El alcalde o alcaldesa que acabamos de elegir, no es una figura estática e inmóvil. Va a ir evolucionando con el tiempo. En nuestros pequeños pueblos, el ciudadano tiene un papel muy directo en esa evolución. Nosotros podemos arropar o "quemar" al alcalde y al ayunta-



miento. El resultado final depende también de nuestra actitud, de las formas, de la manera de ejercer nuestro derecho a la opinión y a la crítica.

Aunque la autoridad debe asumir la responsabilidad de sus actos, en una sociedad participativa todos los ciudadanos debemos ser un poco corresponsables de lo que pasa.

Es muy importante también manifestar gestos positivos, de afecto, de solidaridad. Pienso yo que nuestra sociedad está falta de esos gestos. La autoridad también es, por encima de todo, una persona y necesita el contacto cálido con los ciudadanos a los que representa y por los cuáles se preocupa. En esos pequeños gestos se encuentran a veces las fuerzas necesarias para seguir trabajando por la tierra y por la gente.